

MI

DE

PIEDAD

TEN

M
DE
PIEDAD
TEN

ARTURO ROMERO



Pie rojo
Ediciones

TEN PIEDAD DE MÍ

Primera edición, abril de 2018

© Pie Rojo Ediciones
Calle General Pascual Cornejo #327
Col. José López Portillo
Aguascalientes, Ags., C.P. 20206
E-mail: pierojo.ed@gmail.com
www.pierojoediciones.com

© del texto: Jorge Arturo Romero Bañuelos
© de la edición: Sandra Reyes Carrillo
© del diseño editorial y portada: María Estela
González Acevedo

ISBN: 978-607-97641-1-1
Impreso y hecho en México
Made and printed in Mexico

INDICE

11	EL INICIO
25	LA MENDIGA
29	EL GATO BLANCO
36	45 GRADOS
42	HIJO DE FAMILIA
44	LOCURA
48	TATUADOR DE OFICIO
51	LOS TRES BRUJOS
55	LA MUJER MISTERIOSA
59	LA CASA
63	LA JUNGLA
67	LA PROMESA
70	PADRE PABLO
74	(HETUMAL
81	LA ENTREVISTA
91	EL BIEN Y EL MAL
100	EL EXORCISMO
108	EL FIN

*Quizás el mal sea el crisol de la bondad.
Y tal vez el propio Satán, a pesar
de sí mismo, sirva de alguna manera
para cumplir la voluntad de Dios.*

EL EXORCISTA, WILLIAM P. BLATTY

EL INICIO

Era el nueve de marzo de mil novecientos noventa. Las calles de Playa del Carmen se encontraban inusualmente desiertas. El sol se había marchado horas atrás, dejando un ambiente sombrío y húmedo. Las bestias callejeras buscaban refugio para pasar una noche más. Mendigos, gatos, perros y ratas convivían por igual. Se escabullían, se amontonaban, compartían las sobras que la suerte o el infortunio les habían dejado.

Al fondo de un callejón, el lamento de una mujer a punto de dar a luz rompía el silencio, era María, la representación fiel del sufrimiento anunciada con gritos de dolor. La naturaleza de lo que estaba a punto de ocurrir se conocería sólo años después.

María, postrada en una vieja cama, se retorció entre gotas de sudor que bajaban por sus mejillas y se mezclaban con las lágrimas que salían de sus ojos. Éstos, aún desorbitados, dejaban ver un color miel que contrastaba con el camisón que traía puesto, alguna vez immaculado.

Una partera, de complexión robusta y estatura media, guardaba la preocupación en sus ojeras como si se tratara de la propia madre a punto de dar a luz. El color de su piel recordaba a una noche sin luna, resplandeciente sólo por el pigmento coral con el que daba color a sus cachetes. La cavidad entre sus dientes frontales agregaba a su personalidad un dejo de misterio, agravado



por un acento que claramente no pertenecía a la región. Su procedencia, no obstante, era un enigma. Como si al pueblo la hubieran arrastrado las voces lacrimosas de las mujeres a quienes había ayudado a dar a luz. La llamaban Amparo, la Mulata.

Amparo vivía sola en una choza cerca del mar, protegida sólo por un jaguar de ojos rojos que pendía de su cuello.

Su marido, don Zenaido, había fallecido dos meses antes. Los rumores, traídos por las olas, anunciaban que lo habían matado. Pero la Mulata sabía que había muerto de tristeza. Y de tristeza le lloraba cada noche frente al mar.

Extrañaba a su mulato brazos fuertes, piel brillante y alma pura. Las olas mentían. Pero Amparo jamás se hubiera atrevido a contradecir al mar.

Muestra

La labor de parto se había prolongado demasiado. En cada grito de esa madre a punto de dar a luz, la Mulata recordaba la oscura tragedia que le había tocado vivir hacía cinco años: la noche que trajo a su hijo al mundo fue la misma noche que la muerte se lo arrebató. Estaba sola, sin su Zenaido. Afuera llovía y tronaba como nunca. El aire mecía las palmeras, aullaba como un lobo en luna llena. No había podido salvar a su hijo.

Recordó cómo lo había abrazado, entre llanto y desesperación. Pero no pudo hacer nada. Se había pasado toda la noche acurrucada junto al cuerpecito de su hijo, cantando canciones de cuna.

- “En el cielo y en el mar. Un diamante de verdad/En el cielo y en el mar. Un diamante de verdad...”.

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de las editoras.



Amparo no permitiría que María perdiera a su hijo. Por eso se aferraba.

El reloj de la parroquia marcaba las 3 de la mañana. El martirio había terminado. El llanto de la mujer se mezclaba ahora con el berrido de un varón.

- ¡Es niño! ¡Es niño! -decía Amparo, cuya sonrisa era lo único que traía luz a la noche.

Sujetando al pequeño, lo colocó junto al pecho de su madre, quien al sentirlo, murmuró el que sería su nombre:

- "Johnny".

La Mulata, de forma sigilosa, robó un trozo del cordón umbilical del recién nacido y lo besó como sellando un pacto. Una hora más tarde, se despidió y se encaminó presurosa al cementerio del pueblo. Nadie hubiera imaginado nunca que tan

tétrico lugar pudiera proporcionar esperanza, como la que se esbozaba en la cara de Amparo paso tras paso. Y ahí estaba la Mulata.

Con el puño de la mano derecha apoyado en el pecho, penetró en el camposanto, en cuya cúspide retozaba sempiterna una angelical Virgen del Carmen, iluminada apenas por la luz de una luna llena. Sería la única testigo de Dios que presenciara lo que, desde hacía algunas semanas, se desarrollaba en la mente de Amparo. La Virgen, nadie lo vería, derramó una lágrima en sus mejillas de mármol.

Conforme se adentraba en el cementerio, la vista de Lidia se nublaba más. Jirones de niebla salían a su paso y sus zapatos se sumergían en una tierra húmeda, dejando un camino de formas hundidas. Un pasto descuidado y figuras fantasmales creaban un



ambiente lúgubre. Lo que a cualquier persona le hubiera causado temor, a Amparo no; para ella no existía el miedo. La vida la había hecho valerosa, por eso avanzaba sin temor, como quien ve en su destino la mejor de las fortunas.

Se levantó un aire frío y violento al llegar a su punto de reunión: una tumba abierta sobre cuyo alrededor reposaban unos crisantemos y, en cada uno, una veladora.

- Llegas tarde –había dicho una voz que parecía surgir de las entrañas del cementerio.
- Tardó en nacer. Pero fue varón.
- ¿Trajiste lo que falta?

Amparo, que se perdía entre las tinieblas, alargaba el brazo y extendía su puño, luego, asentía con la cabeza; en ese instante, se produjo un ruido que parecía provenir de la casa del velador.